

Proyecto Humanismo cristiano

Departamento de Humanidades

Temas monográficos

LAS CRUZADAS

(Erain)



Trabajo realizado por alumnos del Colegio Erain

Sumario

- * Antecedentes: Ambiente socio-religioso anterior a las Cruzadas
 - En Europa
 - En Oriente
- * 1ª Cruzada
 - Inicio de la Cruzada
 - La campaña de Anatolia
 - El asedio de Antioquia
 - Rumbo a Jerusalén
 - Conquista de Jerusalén
 - Los estados latinos de Oriente
- * 2ª Cruzada
- * 3ª Cruzada
 - Ricardo I de Inglaterra
- * 4ª Cruzada
 - El saqueo de Constantinopla
- * Últimas cruzadas
- * Causas del fracaso
- * La petición de perdón de Juan Pablo II
- * Bibliografía

ANTECEDENTES: AMBIENTE SOCIO-RELIGIOSO ANTERIOR A LAS CRUZADAS

En Europa

Para poder comprender las Cruzadas debemos remontarnos a los años inmediatamente anteriores al comienzo y ver qué estaba sucediendo en Europa y en el Oriente de aquella época. Es norma común entre los historiadores hacer referencia al dicho de que para juzgar una determinada época es necesario "introducirse en ella" para intentar comprenderla y de ese modo captar los intereses que les movían.

La Cristiandad medieval dio muestras en sus grandes siglos de una admirable riqueza espiritual, que fue capaz de animar todas las realidades terrenas y de promover múltiples iniciativas que tienen por denominador común el espíritu religioso -cristiano- que las animaba. Fueron muchas las empresas que pueden considerarse con pleno derecho empresas de la Cristiandad europea. Mas si entre todas ellas hubiese que escoger una sola como la más característica, por ser aquella que mejor representa el clima y el espíritu de la Edad Media, esa empresa sería, sin duda, **la Cruzada**.

Las Cruzadas fueron las expediciones militares lanzadas por la Cristiandad contra los musulmanes, con el fin de conquistar o de retener las tierras santificadas por Cristo, escenario de su vida y Pasión, y en especial el Sepulcro del Señor, que constituye un sagrado tesoro para los cristianos. Las Cruzadas se consideran una **empresa común de la Cristiandad**, porque de ordinario no fueron tarea bélica de uno u otro reino, sino que en ellas participaron, en mayor o menor grado, príncipes y pueblos de todo el Occidente cristiano. La idea de libertar los Santos Lugares nació, según parece, como consecuencia de la ocupación de Tierra Santa por los turcos seldyúcidas, que se mostraron intolerantes con las cristiandades locales e hicieron difícil el acceso a Palestina a los peregrinos occidentales.

Pero el factor determinante que hizo posibles las Cruzadas fue la resonancia que aquella iniciativa encontró en un espíritu colectivo -caballeresco y popular- impregnado de idealismo cristiano. Contemplado a muchos siglos de distancia, el espectáculo de las multitudes creyentes que marchaban a la cruzada, movidas sobre cualquier otra motivación por el afán de libertar el Santo Sepulcro, es un fenómeno histórico de primera magnitud y una prueba palmaria de la enorme seriedad que tuvo la religiosidad medieval.

Por ser empresa común de la Cristiandad, el papel directivo de las Cruzadas correspondió a los Papas, que otorgaron gracias espirituales extraordinarias a los combatientes e impulsaron una y otra vez a los príncipes, para que organizaran nuevas expediciones. El ciclo histórico de las Cruzadas se inició a finales del siglo XI y duró casi dos centurias.

En 1095, en el sínodo de Clermont, el Papa Urbano II convocó la primera Cruzada y su llamamiento encontró una ferviente acogida, que se exteriorizó en el grito de «**¡Dios lo quiere!**», que Pedro el Ermitaño y otros predicadores populares fueron propagando por tierras occidentales.

En Oriente

Mientras el papado consolidaba su hegemonía en Occidente, la unidad del Oriente próximo musulmán se encontraba en pleno declive. El califato *Abasi* de Bagdad había empezado a fragmentarse y los *fatimies*, que se proclamaban descendientes de Fátima; la hija del profeta, no tardaron en fundar el califato *chii* en el Cairo.



En el año 1009, el Califa fatimi Al-aman Ali, llevado por una fiebre de fanatismo, destruyó el Santo sepulcro de Jerusalén, hecho que conmocionó a todo Occidente.

Fue en este contexto cuando los turcos ¹, un pueblo nómada y guerrero procedente de las estepas, empezó a destacar, llegando finalmente a realizar incursiones en los dominios del imperio Bizantino, a las que el emperador Romano Diógenes respondió en el año 1071 invadiendo el territorio selyucida, donde sus tropas fueron brutalmente masacradas. Diógenes fue depuesto y Bizancio se sumió en una guerra civil, de la

cual los selyucidas sacaron provecho, pues acabaron apropiándose de Asia menor. Toda esta sucesión de trágicos hechos conmocionó a Europa, pues parecía inminente una invasión musulmana a gran escala.

Pero todo esto cambió cuando el emperador Bizantino Alejo I Comneno consiguió estabilizar el imperio, llegando incluso a intentar sin éxito recuperar Asia menor.

¹ Los turcos eran uno de los muchos pueblos nómadas de las estepas euroasiáticas que, empezando por los hunos, fueron atacando periódicamente las regiones vecinas. Poco antes del siglo X, los turcos oghuz, liderados por los descendientes de una figura legendaria llamada Selyuk, se impusieron en los territorios comprendidos entre el Mar Negro y el centro de Asia. Estas tribus con creencias chamanísticas combatieron a los ghazi, aguerridos voluntarios musulmanes, en las estribaciones septentrionales de Persia, hasta que finalmente se convirtieron al Islam. En el siglo X, el poder turco musulmán se consolidó como tal. Desde los tiempos del califa al-Mu'tasim (892-909), los turcos formaban parte de las tropas del califato de Bagdad y, en tanto que cazadores nómadas, eran unos consumados jinetes. El historiador al Jahiz (muerto hacia el 868) escribió: «Los turcos pueden abatir bestias, aves, hombres y demás presas a pleno galope hacía adelante y hacia atrás, hacía arriba y hacia abajo, disparando diez flechas antes de que nadie pueda disparar una».

En el año 1095, desesperado por la presión musulmana, envió una embajada al papa Urbano II pidiendo soldados con los que ayudar al Imperio cristiano de Oriente, que, según el, se hallaba en peligro. La respuesta del Papa (que probablemente ya había pensado antes en la idea) excedió con creces las expectativas de Alejo, pues insto a toda la cristiandad a formar una gran expedición que ayudara a Alejo y liberara la ciudad santa de Jerusalén, resumiendo, el desencadenante de la primera cruzada.

LA PRIMERA CRUZADA

Inicio de la primera Cruzada

En febrero del año 1095, el Papa Urbano II recibió la petición de ayuda del emperador de Oriente Alejo. No está claro que Bizancio se encontrase en verdadero peligro, otras teorías sugieren que el verdadero fin de la petición fuese el querer aprovecharse de las divisiones entre los selyucidas para sacar partido a favor de Bizancio.



Urbano II convocando la Cruzada

La idea entusiasmo a Urbano II desde el primer momento, por lo que convocó un concilio (el de Clermont) para el mes de noviembre de ese mismo año. Al término de este, Urbano II pronunció un inspirado discurso ² exhortando a toda la cristiandad a sumarse a la expedición que tenía como objetivo arrebatarse Jerusalén a los musulmanes, y para ello tenían que pasar por Bizancio y ayudar al Emperador Alejo. Todos aquellos que quisieran ir tenían que jurar un voto de peregrinaje que les comprometiese a seguir a Dios hasta el final o bien hasta la muerte. En compensación, la iglesia asumía el control de sus tierras y garantizaba el perdón de sus pecados.

La fecha de partida se puso el 15 de agosto del 1096, desde las proximidades de Constantinopla. La llamada papal desencadenó una euforia generalizada: la multitud bramaba “¡Dios lo quiere!”.

El apoyo que esta recibió fue sobrecogedor. No se sabe con exactitud cuántas personas acudieron a la Cruzada, pero se estima que fueron unas cien mil venidas de toda Europa. Si bien entre pérdidas y desertiones se calcula que en junio del año 1097 pudieron reunirse en Nicea, cerca de Constantinopla, unos sesenta mil, siete mil de ellos caballeros. Sin embargo, la aventura no había hecho más que empezar, pues aún quedaba la parte más dura de todas: poner en marcha a toda la multitud y lo que es aún más difícil, marchar hasta Jerusalén.

La organización de semejante despliegue de personas y animales era inmensa: un caballo necesitaba unos 11 kilos de pienso al día y no puede avanzar de manera interrumpida con menos de esa cantidad sin arriesgar con ello su salud.

² Al final del trabajo están las palabras de Urbano II según Fulquerio de Chartres

De igual manera, una persona necesitaba un mínimo de 900 gramos de pan al día, lo que significa que una montura (los carros solo pueden circular por buenos caminos) solo podían cargar la ración diaria de 150 hombres.

Es posible que nuestra mentalidad actual de mostrarnos escépticos ante las motivaciones religiosas y espirituales nos impida entender con claridad las Cruzadas. Y es que la idea de guerra santa estaba plenamente asumida por aquel entonces, pero por lo general la gran mayoría de la gente la interpretaba como un modo de alcanzar la salvación a costa de la vida de los enemigos de la fe. A pesar de todo, el Papa Urbano II dejó muy claro que la ambición personal no debía convertirse en el objetivo de las cruzadas.

La campaña de Anatolia

Cuando las tropas llegaron a Constantinopla, el emperador Alejo insistió en que todos los líderes cruzados hicieran un juramento por el que le prometían lealtad. El se comprometía a repartir todas las tierras conquistadas. Los líderes se negaron y, en cambio, si optaron por un juramento menor, que implicaba velar por la vida, el honor y los intereses del emperador. Todo esto se debe a que era fundamental establecer una buena relación con el emperador, ya que sin su ayuda y consejo no podían realizar el viaje sin penalidades.



La campaña militar que dio comienzo en la región de Anatolia dio a Alejo el control de la mitad occidental de Asia menor. A los cruzados no les interesaba controlar esta zona pues su objetivo era llegar a Jerusalén, y así, no tenían por qué dejar guarniciones para vigilar el territorio conquistado.

El 6 de mayo del 1098 los cruzados sitiaron Nicea (capital Selyucida). Nicea se hallaba rodeada por una muralla de época romana de 10 metros de alto y casi 3 km de longitud, defendida desde nada menos que 114 torres.

Los asaltos fueron muy violentos, pero finalmente el 19 de Junio los turcos se vieron obligados negociar una rendición. Los bizantinos llevaron a cabo la negociación y los cruzados accedieron a ser sus aliados. La victoria de Dirylaeum abrió finalmente las puertas de Asia menor a los cruzados. El calor se cobró un alto precio en vidas, tanto de hombres como de caballos, pero aun así los cruzados lograron abrirse paso hasta la fértil Antioquia de Pisnidia. Las ciudades, de mayoría griega todavía, les recibieron con las puertas abiertas. El nuevo objetivo se convirtió en Antioquia, la ciudad siria más importante después de Damasco.

Llegando a Siria, Balduino de Flandes se separó del resto y se apoderó de la ciudad de Edesa, que estaba en manos de cristianos armenios. Este condado fue el primero de los estados francos.

El asedio de Antioquia

Cuando los cruzados llegaron a Antioquia descubrieron que una flota inglesa ya se había adueñado del puerto de San Simeón.

Las murallas romanas de la ciudad eran robustas y la mitad de sus 16 Km. eran inaccesible a través de las montañas. Puesto que atacarla era muy arriesgado, los cruzados decidieron asfixiarla mediante un sitio. Esta estrategia requería tiempo, así como continuos enfrentamientos con las fuerzas sitiadas de la ciudad y de plazas fuertes próximas, como la de Harim. El asedio se prolongó durante siete meses, en el que los cruzados pasaron terribles penalidades, y en el que derrotaron a varios ejércitos turcos que pretendían socorrer la ciudad.

Por fin, la noche del 2 de junio, una fuerza de elite entro en Antioquia (se ha dicho que fue motivado por una traición) y al día siguiente la ciudad sucumbió en medio de una masacre. Pero la ciudadela, en lo alto de las murallas, logro resistir.



A los escasos días de conquistar la ciudad, Kerbogah asedio a las fuerzas cruzadas, diezmadas y sin provisiones, pero los ejércitos turcos venidos desde Mosul se retiraron por divisiones internas, lo que facilitó una salida y la derrota de Kerbogah.

Bohemundo de Tarento, usando artimañas, provocó la retirada de los ejércitos bizantinos que les habían acompañado en la expedición, y, al llegar a Edesa, alegando deserción por parte de éstos, retuvo la ciudad para sí, rompiendo el juramento hecho al

emperador. De esta forma nació el segundo estado franco. Los emperadores bizantinos no olvidarían nunca la reclamación sobre Antioquía.

El camino hacia Jerusalén estaba despejado, pero los cruzados necesitaban reponer fuerzas y podían esperar a que los aliados egipcios les entregasen la ciudad sin necesidad de combatir.

Con la promesa realizada a Bohemondo en mente, los líderes cruzados enviaron una delegación a Alejo y decidieron posponer el avance hacia Jerusalén hasta el 1 de noviembre, tiempo más que suficiente para que el emperador pudiera reclamar para sí Antioquía. Mientras tanto, Bohemondo asumió la condición de soberano y no tardaron en surgir las diferencias con Raimundo de Tolosa, el campeón de la alianza imperial.

En septiembre, la desertión de Alejo en Filomelium puso a los cruzados en contra de los bizantinos, y en el consejo de principios de noviembre las diferencias entre Raimundo y Bohemondo obligaron a detener su avance. Bohemondo se negó a ir a Jerusalén y, una vez de regreso a Antioquía, echo a los representantes de Raimundo, rompiendo así la unidad de los cruzados.

Rumbo a Jerusalén

El consejo de las fuerzas fue celebrado en Antioquía en noviembre de 1098, y finalizó con lo que uno de sus asistentes denominó “La paz discordante” entre Raimundo de Tolosa y Bohemondo. Cada uno de ellos paso a controlar una parte de la ciudad. Los cruzados deseaban asentarse de forma generalizada en Antioquía, por lo que (aunque no todos) decidieron atacar la ciudad de Marra. El retraso que esto supuso se tradujo en escasez de provisiones. La situación se hizo tan insoportable que algunos cruzados, llevados por la desesperación, desenterraron cadáveres y se los comieron. Finalmente, Raimundo puso fin a la situación haciendo incursiones en territorio enemigo consiguiendo víveres.

Las tensiones entre Raimundo y Bohemondo aumentaron de tal manera que en enero del año 1099 se celebró otro consejo cerca de Marra, en el que Raimundo ofreció dinero a todos aquellos que aceptasen su autoridad hasta la misma Jerusalén. Bohemondo montó en cólera y se negó a proseguir hasta Jerusalén, también expulsó de Antioquía a los hombres de Raimundo.

Raimundo prosiguió, llegando a las puertas de la ciudad santa el 7 de junio de 1099.

La conquista de Jerusalén

Jerusalén, a lo largo de los años, había cambiado de manos varias veces, en los últimos tiempos y desde 1098 se encontraba en manos de los fatimíes de Egipto.

Su situación táctica era muy buena, por lo que muy bien protegida. Situada en lo alto de una cadena montañosa que la rodea por el este y el oeste, solo la muralla que daba al norte resultaba vulnerable, pero por aquel entonces estaba reforzada con un foso y una segunda muralla. El 6 de junio de 1099 los cruzados llegaron por fin a las puertas de Jerusalén. Pero los egipcios ya habían reforzado la torre

de David en la muralla Oeste, devastado los alrededores de la ciudad, y destruido todos los árboles para evitar que los cruzados construyesen con ella maquinaria de asalto, además de cegar los pozos.

Puesto que sabían que los egipcios iban a mandar refuerzos, lanzaron un primer ataque el 13 de junio a pesar de tener solo una escalera de asalto, construida con la madera hallada en una cueva. Puesto que fue un fracaso, se preparó un asedio sistemático.



Toma de Jerusalén

Decidieron realizar un asalto desde dos frentes. Los franceses en la cara norte construyeron una torre de asalto en la cara noroccidental de la ciudad y un ariete para abrir una brecha en la muralla exterior. Se cegó el foso y los dos contingentes construyeron además catapultas, escaleras y escudos, y trajeron agua, en su mayor parte hedionda. Los sitiados reforzaron las murallas frente a los cruzados y construyeron catorce catapultas, de las que nueve apuntaban a las fuerzas de Raimundo.

El 8 de julio, los cruzados desfilaron ante las murallas de la ciudad tal y como hizo Josué en Jericó, y los líderes se reconciliaron públicamente. La noche del 9 de julio tuvo lugar un hecho decisivo; cuando los franceses dismantelaron la torre de asalto, el ariete y las catapultas, y se trasladaron hacia el este, a un punto débil de la muralla norte.

Este traslado obligo a los sitiados a reforzar a contrarreloj las murallas de la nueva zona amenazada y a construir nuevas catapultas, así como a dividir los efectivos ante la necesidad de mantener defendida la muralla sur.

El 13 de julio comenzó el asalto, que termino cuando en la cara norte, Godofredo de Bouillon se situó sobre la torre de asalto junto a la muralla y los caballeros que iban dentro construyeron un puente hasta la misma. Acabado este, los hombres de Godofredo penetraron en el interior de la ciudad seguidos de los de Tancredo, que ocuparon el monte del templo mientras Godofredo abría las puertas de la ciudad. Cuando las noticias de éxito llegaron a la cara sur, el gobernador de Jerusalén se refugió con su sequito en la torre de David, pero finalmente accedió a entregarle la ciudad a Raimundo a cambio de dejar salir con vida a los derrotados.

La captura de la ciudad desencadenando una terrible matanza entre los habitantes de la ciudad. Algunos jefes cruzados, como por ejemplo Gastón de Bearn, trataron de proteger a los civiles agrupados en el Templo dándoles sus estandartes, pero fue en vano porque al día siguiente un grupo de caballeros exaltados los masacró también. Solo se salvó una parte de la guarnición, protegida por juramento de Raimundo de Tolosa.

El 22 de julio, Godofredo fue escogido gobernador de la ciudad con el título de "abogado" (protector) del Santo Sepulcro. El 1 de agosto, Arnolfo de Choques, chambelán de Roberto de Normandía, se convirtió en el nuevo patriarca latino de la ciudad.

Con esta conquista finalizó la Primera Cruzada, la única exitosa. Tras la toma de Jerusalén, muchos cruzados volvieron a sus lugares de origen, aunque otros se quedaron a defender las tierras recién conquistadas. Entre ellos, Raimundo de Tolosa, disgustado por no ser el rey de Jerusalén, se independizó y se dirigió a Trípoli (en el actual Líbano), donde fundó el condado del mismo nombre.

El nacimiento de los estados latinos de Oriente

Después de haber conquistado Jerusalén, los principales líderes del ejército cruzado procedieron a establecer un "orden" administrativo en toda la región conquistada. Para comenzar, se planteó la posibilidad de nombrar un Rey de Jerusalén, quien sería la máxima autoridad en la región, y todos los demás debían jurarle fidelidad como sus vasallos.



Los estados latinos de Oriente

En un principio se propusieron dos candidatos a ocupar el trono, el normando Roberto Curthose, hijo de Guillermo el Conquistador, y Godofredo de Bouillon, por tratarse de los dos nobles de más alto rango presentes allí. Pero ambos eran reacios a ocupar cargos en Oriente dejando descuidados sus dominios originales, y declinaron la propuesta.

Godofredo, sin embargo, adoptó el título de "Defensor del Santo Sepulcro", el cual le permitía disfrutar de amplios poderes sin tener que verse atado a una vida en Palestina.

El hermano de Godofredo, Balduino, gobernaba en Edesa y le propusieron que fuera el Rey de Jerusalén. En el año 1100, Balduino ya había sido coronado. Indirectamente, siguió gobernando también en Edesa.

Por lo que el territorio conquistado quedó organizado de la siguiente forma:

- El Condado de Edesa: era la zona que Balduino tomó para sí en el Eufrates superior, alrededor de la ciudad de Edesa.
- El Principado de Antioquia: la región que comprende el valle del río Orontes y las tierras próximas a Antioquía. Gobernaba allí Bohemundo.
- El reino de Jerusalén: eran los territorios gobernados directamente por el Rey.
- El Condado de Trípoli: la ciudad la conquistó Raimundo

SEGUNDA CRUZADA. UNA GUERRA CRUEL E INTERMINABLE

Los dos primeros reyes de Jerusalén, Balduino I y Balduino II fueron gobernantes capaces que extendieron el reino a toda la tierra entre el Mediterráneo y el Jordán, e incluso más allá.

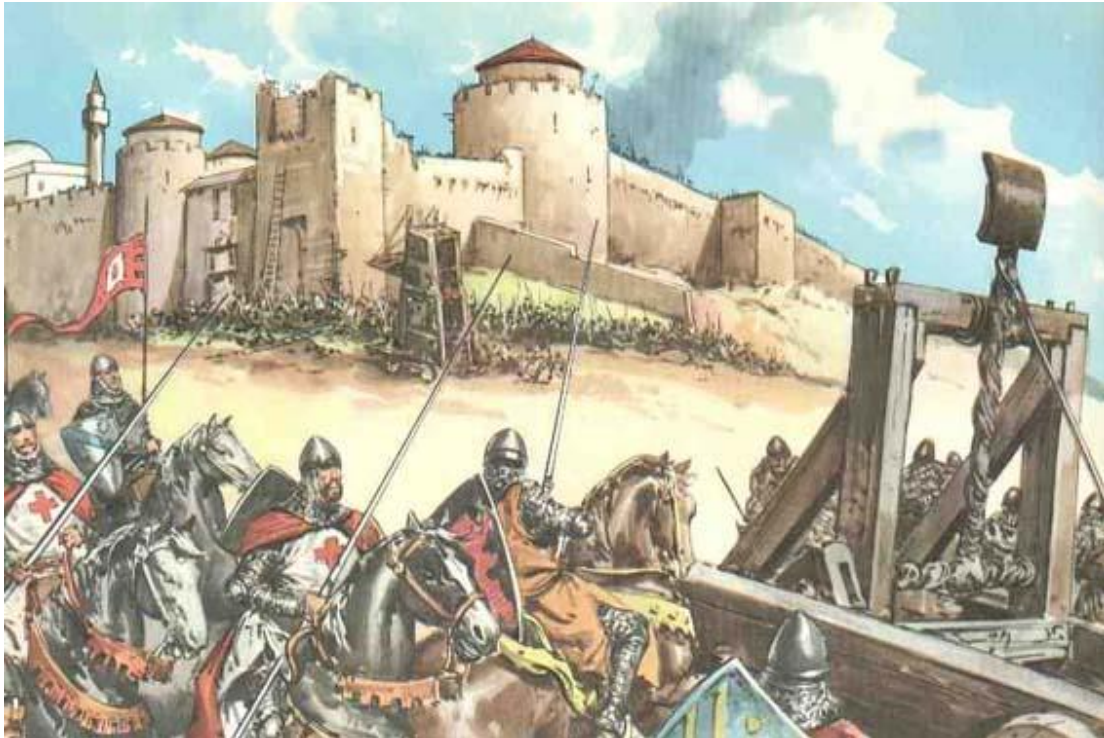
Entre los musulmanes iba creciendo el espíritu de *jihād*. Este sentimiento fue explotado por una serie de caudillos que consiguieron unificar los distintos estados musulmanes y lanzarse a la conquista de los reinos cristianos. El primero de estos fue Zengi, gobernador de Mosul y de Alepo, que en 1144 conquistó Edesa, liquidando el primero de los estados francos. Como respuesta a esta conquista el papa Eugenio III, animó a la Segunda Cruzada.

A diferencia de la Primera Cruzada, la nueva atrajo también a miembros de la realeza, como Leonor de Aquitania, entonces reina de Francia; Thierry de Alsacia, conde de Flandes; Enrique, el futuro conde de Champaña; el hermano de Luis, Roberto I de Dreux; Alfonso I de Toulouse; Guillermo II de Nevers; Guillermo de Warenne, tercer conde de Surrey; Hugo VII de Lusignan; así como a otros muchos nobles y obispos. Pero fue la gente común la que dio muestras de mayor entusiasmo. Al final, la Cruzada estaba capitaneada por Luis VII de Francia y por el emperador germánico Conrado III. Los desacuerdos entre franceses y alemanes, así como con los bizantinos, fueron constantes en toda la expedición.

Cuando ambos reyes llegaron a Tierra Santa (por separado) decidieron que Edesa era un objetivo poco importante y marcharon hacia Jerusalén. Desde allí, para desesperación del rey Balduino III, en lugar de enfrentarse a Nur al-Din (hijo y sucesor de Zengi), eligieron atacar Damasco, estado independiente y aliado del rey de Jerusalén.

Los cruzados atacaron Damasco desde el oeste, donde las huertas les facilitaban un constante aprovisionamiento de víveres. Llegaron el 23 de julio, con el ejército de Jerusalén en vanguardia, seguido por Luis, y a continuación Conrado, en la retaguardia. Los musulmanes estaban preparados para el ataque y hostigaron constantemente al ejército, avanzando por las huertas. Los cruzados consiguieron abrirse camino y expulsar a los defensores al otro lado del río Barada y a Damasco; llegados al pie de las murallas, emprendieron inmediatamente el asedio de la ciudad. Damasco había pedido ayuda a Saif ad-Din Ghazi I de Aleppo y Nur ad-Din de Mosul, y el visir Mu'in ad-Din Unur.

Los cruzados no podían ponerse de acuerdo sobre a quién le correspondería la ciudad en caso de que la conquistaran. El 27 de julio decidieron trasladarse al lado este de la ciudad, que estaba menos fortificada pero era menos rica en comida y agua. Por entonces Nur ad-Din ya había llegado, y les fue imposible



Asedio a la fortaleza

regresar a su posición anterior. Primero Conrado, y luego el resto de los cruzados, decidieron levantar el sitio y regresar a Jerusalén.

La expedición fue un fracaso, ya que, tras solo una semana de asedio infructuoso, los ejércitos cruzados se retiraron y volvieron a sus patrias. Con este ataque inútil consiguieron que Damasco cayera en manos de Nur al-Din, que progresivamente iba cercando los estados francos. Más tarde, el ataque por parte de Balduino II a Egipto, iba a provocar la intervención de Nur al-Din en la frontera sur del reino de Jerusalén, preparando el camino para el fin del reino y la convocatoria de la Tercera Cruzada.

TERCERA CRUZADA

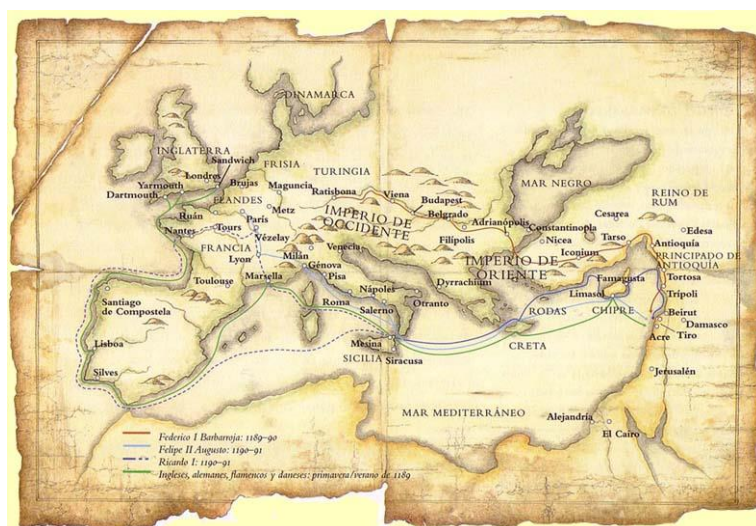
Saladino logró la absoluta unión de las facciones musulmanas, y el control político y militar desde Egipto hasta Siria y decidido a expulsar a los cruzados de Tierra Santa. El Reino de Jerusalén, regido por el Rey Leproso, Balduino IV de Jerusalén, y rodeado ya por un solo estado, se vio obligado a firmar frágiles treguas seguidas por escaramuzas, tratando de retrasar el inevitable final. A la muerte del rey leproso, el estado se dividió en distintas facciones, pacifistas o belicosas.

El fin del Reino de Jerusalén fue provocado por los actos de Reinaldo de Châtillon, bandido con título de caballero que no se consideraba atado por las

treguas firmadas. Saqueaba las caravanas e incluso armó expediciones de piratas para atacar los barcos de peregrinos que iban a La Meca. El ataque definitivo fue contra una caravana en la que iba la hermana de Saladino, que juró matarlo con sus propias manos.

Declarada la guerra, los ejércitos cristianos fueron aniquilados y conquistó Jerusalén.

La toma de Jerusalén conmocionó a Europa y en 1187 el papa Gregorio VIII convocó una nueva Cruzada. A la Cruzada pronto se unieron Ricardo, el primogénito del rey de Inglaterra, y Guillermo II, de Sicilia. Más tarde también se unió el emperador Federico I Barbarroja, que fue el primero en partir. La respuesta al llamamiento a la Cruzada fue buena, porque había un gran fervor religioso en toda Europa, y además el ideal de las cruzadas aún no había sido corrompido por las ansias de poder y de tierras.



Los reyes de Francia y de Inglaterra estaban en guerra, pero al morir el rey de Inglaterra y subir al trono su primogénito, firmaron una tregua. Acordaron unirse a la Cruzada como iguales, aunque Felipe II se considerase superior al rey de Inglaterra por ser el rey de algunas de sus tierras. Los monarcas partieron por separado, ya que la inmensa cantidad de tropas que llevaban serían

imposibles de mantener por la población de cualquier lugar por el que pasasen. De este modo partió Enrique por mar con su flota desde Inglaterra, y Felipe II alquiló una en Génova. Para financiar esta expedición ambos reyes establecieron el diezmo de Saladino.

De camino hacia Tierra Santa, parte de las naves de Ricardo I naufragaron cerca de la isla de Chipre, en manos del emperador Bizantino. El emperador Bizantino, no recibió bien a los naufragos, por lo que éste atacó y conquistó esta isla. Tras conquistarla, primero se la vendió a los templarios contra los que se reveló la población, y posteriormente al depuesto rey de Jerusalén Guido de Lusignan.

El paso de semejantes ejércitos era una causa de problemas para los territorios por los que pasaban, no solo por la necesidad de alimentos y agua. También había problemas políticos, como los causados en Sicilia. En Sicilia, el rey Ricardo fue a recoger a su hermana Juana esposa de Guillermo II de Sicilia. Ricardo I tuvo problemas con los sicilianos y acabó sitiando y conquistando Messina.

Por su parte, Federico I Barbaroja, había tomado el camino por tierra tras obligar al emperador de Bizancio a dejarle pasar. De camino a Tierra Santa también atacó y conquistó el reino musulmán de Iconium. Para desgracia del ejército cruzado a sus órdenes, decidió bañarse en el río Selef. En este río se vio atrapado por un torbellino según algunas fuentes o por una crecida repentina según otras. El caso es que, tras su muerte, la mayoría del ejército cruzado a sus órdenes se disolvió, o fue eliminado por una epidemia. Esta fue una gravísima pérdida para el ejército cruzado que fue motivo de gran alegría entre las filas de Saladino. Finalmente, con un ejército muy reducido llegó el heredero de Federico I Barbaroja, Federico de Suabia, hasta Trípoli. Desde Trípoli continuó hasta Acre que continuaba sitiada por los cruzados. El legado más importante de esta cruzada por parte de Barbaroja fue la creación de una nueva orden, la orden teutónica ³

Acre estaba sitiada porque al ser tomado prisionero Guido, el rey de Jerusalén, por Saladino y posteriormente puesto en libertad bajo la condición de volver a Europa, Guido, con los escasos efectivos de los que disponía, sitió la ciudad de Acre. La ciudad de Acre se convirtió en punto de encuentro para los cruzados que acudían a Tierra Santa y que ayudaban a Guido a capturar la ciudad. Los asaltos iniciales a la ciudad fueron un fracaso con lo que Guido decidió bloquear la ciudad. Saladino intentó hacer llegar alimentos por Mar ⁴ a la ciudad, pero su flota fue derrotada por la de Conrado de Monferrat, que luego no cumpliría su promesa de avituallar a los cruzados a cambio de la mano de la heredera al trono de Jerusalén. Una vez tomada la ciudad y hechos presos muchos musulmanes,

³ Las Ordenes militares nacieron como consecuencia de las Cruzadas. Son instituciones características de la Edad Media europea, aunque sus repercusiones sociales, sobre todo en el plano honorífico, lleguen hasta nuestros días. En su origen fueron organismos a la vez militares y religiosos, porque las personas que los componían unieron a ciertos votos religiosos la obligación de apoyar con las armas determinadas actitudes de los poderes cristianos europeos de la época.

Su modelo institucional se encuentra no solo en el monacato, sino también en la cofradía hospitalaria, asociada con frecuencia al mundo de las peregrinaciones. Esta función asistencial, compatible siempre con las actividades guerreras, explica por qué, en casi todos los casos, las órdenes militares surgieron de agrupaciones originariamente hospitalarias, vocación ésta que jamás abandonaron del todo y que incluso se mantuvo mucho tiempo después de que el factor bélico hubiese desaparecido.

⁴ El control del mar desempeñó un papel fundamental en la Tercera Cruzada al permitir el traslado de efectivos y provisiones a Tierra Santa. Además, fue decisivo en la conquista de Acre en julio de 1191, y permitió a Ricardo I reconquistar parte de la costa de Palestina.

Los árabes construyeron barcos de guerra al darse cuenta de lo necesarios que eran para conquistar el Mediterráneo. Hacia el año 840, una flota tripulada por musulmanes del norte de África y la península Ibérica arrebató gran parte de Sicilia a los bizantinos. En el año 904, una flota árabe saqueó Salónica y durante el Siglo X los musulmanes fueron dueños y señores del Mediterráneo.

Hacia el siglo XII, los barcos europeos mejoraron, sobre todo los de los mercaderes de Venecia, Génova y Pisa, que competían por el control del Mediterráneo.

Tras las victorias del año 1187, Saladino recurrió a su flota para controlar la línea costera de la región Siria y Palestina. Conrado venció en Acre, y selló el fin de la supremacía naval de Saladino en junio de 1191.

Ricardo propuso a Saladino que le entregaba los hombres a cambio de unas reliquias capturadas por los musulmanes durante sus incursiones y prisioneros cristianos.

Ricardo I de Inglaterra

Ricardo y Felipe II se enfrentaron en continuas disputas y éste regresó a Francia dejando a Ricardo al mando de la cruzada. Como Saladino se demoró en su respuesta, Corazón de León, completamente encolerizado, ordenó que llevaran a 2600 musulmanes de Acre, hombres, mujeres y niños, a las murallas y allí los ejecutaran. Fue un acto de barbarie que pocos islámicos olvidarían, y que también fue condenado por cronistas cristianos. En la ciudad de Acre ondearon todas las banderas de los reinos cristianos menos las de los alemanes que fueron rasgadas por los ingleses, acto que luego les costaría caro, en especial a Ricardo.



Ricardo I de Inglaterra

Una vez tomada Acre, Ricardo hizo preparativos para marchar sobre Jerusalén, acabada la supremacía del mar por parte de Saladino, la flota podía abastecer a la infantería durante grandes partes del camino. Saladino atacó a las tropas de Ricardo cerca de Arsuf pero al verse derrotado huyó destruyendo a su camino las fortalezas que controlaba. Ricardo a medida que avanzaba ordenaba tomar y reconstruir estas fortalezas, ya que eran las que controlaban el camino a Jerusalén.

En torno al 1192, los líderes de la cruzada cristiana decidieron que aunque tomaran Jerusalén no estarían en situación de defenderla, ya que Saladino podía presentarse en cualquier momento con un ejército desde Egipto. Para cortar esta ruta de acceso, los cruzados decidieron tomar y fortificar Ascalon, que estaba junto a la ruta de la costa que unía Egipto con Jerusalén.

Esto supuso replegarse lo que decepcionó a muchos soldados que abandonaron la cruzada. Por su parte Saladino disolvió parte de su ejército y mejoró las defensas de la ciudad, mientras intentaba mantener a los enemigos que tenía dentro de su propio imperio a raya. Aunque Saladino no atacase directamente a los cruzados si que fomentó las divisiones entre ellos apoyando a Conrado, mientras proponía el siguiente pacto a Ricardo:

- Los cristianos podrían conservar sus conquistas.
- La reliquia de la Santa Cruz sería devuelta.
- Permitiría la peregrinación cristiana a Jerusalén e incluso la presencia del clero latino en la ciudad sagrada.

Ricardo, al enterarse de que su hermano Juan estaba conspirando para quedarse con su trono en Inglaterra tenía que volver rápido y decidió apoyar a Conrado para conseguir el trono de Jerusalén, pero para compensar a Guido, el antiguo rey, le tuvo que vender la isla de Chipre. Sin embargo, Conrado nunca llegó a ser rey ya que fue asesinado por dos miembros de la secta de los asesinos⁵. Muchos Cruzados acusaron a Ricardo de haber tramado su muerte, pero según cronistas musulmanes fue Saladino quien pagó a los asesinos. Tras la muerte de Conrado fue el conde Enrique de Champaña quien se convirtió en el rey de Jerusalén y se casó con Isabel, la heredera del trono.

Mientras tanto, Ricardo continuaba conquistando fortalezas de gran valor estratégico. En junio de 1192, los cruzados emprendieron por segunda vez el avance hacia Jerusalén, a pesar de que Ricardo se mostraba reacio. Ricardo no pensaba que un ejército tan reducido fuese capaz de tomar Jerusalén, además estaba el problema añadido de la escasez de agua en esa región junto a posibles ataques de Saladino. De hecho, Ricardo era partidario de atacar Egipto y eliminar la amenaza que constituía Saladino. De camino hacia Jerusalén, se detuvieron a atacar varias caravanas que transportaban muchos víveres para las tropas de Saladino. Este botín fue repartido entre las filas de los cruzados, pero aun así hubo un descontento general y muchos cruzados abandonaron la cruzada en especial los franceses quienes se negaron a continuar bajo el mando de Ricardo.

Ricardo se retiró a Acre a fin de planear un ataque a Beirut, pero cuando se enteró de que Saladino había atacado Jaffa y que sólo la ciudadela resistía, acudió rápidamente en su rescate. Ricardo a pesar de lo reducido de sus tropas logró una gran victoria que forzó a Saladino a firmar una tregua.

El 2 de septiembre de 1192, Ricardo I y Saladino firmaron un tratado en Jaffa, tras la batalla, por el cual los franceses se quedaban con la franja costera entre Jaffa y Tiro a cambio de unas cuantas ciudades para Saladino, las fortificaciones de Ascalon debían demolerse, los peregrinos cristianos podían ir tranquilamente a Jerusalén y se comerciaría sin trabas.

Muchos cruzados, una vez firmada la tregua peregrinaron a Jerusalén y visitaron el Santo sepulcro para cumplir su voto antes de regresar a Europa.

De regreso a Europa el barco en el que viajaba Ricardo debido a las tormentas se vio desviado de su itinerario, y acabó eligiendo atravesar Europa central a pesar de saber que tenía muchos enemigos en esa zona. En Viena, en las Navidades de 1192, fue encarcelado por Leopoldo V de Austria. Leopoldo V de Austria le entregó al emperador Enrique VI quien le retuvo prisionero hasta que unos ingleses le encontraron y pagaron la exorbitante suma de 100.000 marcos, treinta toneladas de plata pura. Este rescate estaba puesto con el fin de que nadie lo pudiese pagar, pero los ingleses lo reunieron. Aunque Juan amenazase el trono de Ricardo, nunca fue una grave amenaza, ya que, gracias a la administración heredada de su padre, Enrique II, la amenaza no era tan seria.

⁵ Los llamados asesinos eran miembros de una secta *chíi* ismaelita extremista que se revelaron contra el dominio de Egipto. Su líder era al-Hasan ibn al-Sabbah. Pronto conquistaron una fortaleza en Irán que convirtieron en su base de operaciones, mientras que miembros de la secta se establecían en las montañas de Siria. Según sus creencias si servían a su líder sin dudar llegarían al paraíso. Fueron aniquilados por los Mongoles y los Egipcios entre el 1256 y el 1272.

No obstante, Felipe II, no respetó el acuerdo invadiendo Normandía. Ricardo tuvo que dedicar el resto de su vida a reconquistarla. A pesar de sus intenciones no pudo participar en la Cuarta Cruzada.

La Tercera Cruzada había superado a la Segunda rotundamente, pues había salvado a los occidentales de ser expulsados de sus territorios orientales, pero, a consecuencia de los ataques musulmanes, los Estados Latinos no eran más que un vago recuerdo y, lo que es peor, Jerusalén seguía en manos del poder musulmán. Pero lo cierto es que ya los motivos místicos de la lucha en Palestina habían ido cediendo paso a los políticos: con tal de tener tierras, no importaba compartirlas con los otros.

CUARTA CRUZADA

El Papa Inocencio III (1198-1216) nada más ser elegido Papa convocó la Cuarta Cruzada. Sin embargo, la Cruzada se veía amenazada por la guerra que estaban librando los reyes de Inglaterra, Ricardo Corazón de León y de Francia, Felipe. No obstante, al final accedieron a firmar una tregua que no se pudo llevar a cabo por la muerte de Ricardo durante un asedio.



Inocencio III

Para que no fracasase este llamamiento a las armas, Inocencio III, envió predicadores que extendieron el fervor religioso tanto entre el pueblo llano como entre la nobleza. Estos predicadores tuvieron éxito y pronto se unieron tres de los nobles más importantes de Francia: el conde Teobaldo de la Champaña, Luis de Blois y Balduino de Flandes. Al tomar parte en la cruzada decidieron seguir con la estrategia de Ricardo en la anterior cruzada: la toma de Egipto que era el centro de poder de los musulmanes.

Para llegar a Egipto decidieron que la mejor forma era por mar y evitar así los peligros de una larga expedición por tierra. Para ello, era necesario alquilar una flota de barcos y acudieron al Dux Enrico Dandolo, gobernador de Venecia. Enrico Dandolo se comprometió a poner a disposición de los cruzados naves suficientes como para transportar a 4.500 caballeros, 9.000 escuderos, y 20.000 soldados de a pie, así como provisiones junto a 50 naves de guerra. A cambio de esta ingente cantidad de naves, los cruzados deberían pagar la suma de 25.000 kilos de plata.

El conde Teobaldo de Champaña nunca emprendió la cruzada, porque murió poco después de que se firmara el acuerdo. A pesar de esta muerte el entusiasmo por la Cruzada no disminuyó, además se unió el noble Italiano Bonifacio de Monferrat.

El saqueo de Constantinopla

Mientras el ejército cruzado invernaba en Zara, llegó un mensajero portador de una oferta del pretendiente al trono bizantino, Alejo. Si el ejército cruzado se

desviaba hasta Constantinopla y le ayudaba a reconquistar su trono, Alejo no sólo estaba dispuesto a garantizar el pago de la deuda que los cruzados habían contraído con Venecia, sino que además se comprometía a aportar a la Cruzada:

-200.000 marcos de plata

-unirse a la cruzada con 10.000 hombres

-dejar un destacamento permanentemente en Tierra Santa

-someter a la Iglesia Griega a la autoridad de Roma

Aunque los líderes de la Cruzada veían esta como la única solución, el grueso de las tropas estaba cansadas y querían cumplir su voto de ir a luchar a Tierra Santa y no querían luchar por un emperador Bizantino por lo que hubo muchos que abandonaron.

El 24 de junio de 1203 el ejército cruzado se encontraba ante Constantinopla.

Sus primeros intentos de conquistar Constantinopla no tuvieron fruto, pero el 17 de julio los venecianos lograron abrir una brecha en las murallas. Creyendo inminente la caída de la ciudad, el emperador Alejo III decidió huir. Los dignatarios imperiales, para resolver la situación, sacaron de la cárcel al depuesto emperador Isaac II Ángelo, padre de Alejo y lo restauraron en el trono.

Tras unos días de negociaciones, llegaron a un acuerdo con los cruzados por el cual Isaac y Alejo serían nombrados co-emperadores. Alejo IV fue coronado el 1 de agosto de 1203 en la iglesia de Santa Sofía.

El nuevo emperador Alejo IV empezó cumpliendo sus promesas, pero no tenía suficiente dinero como para cumplirlas todas. Para ganar tiempo ofreció a los cruzados el quedarse en Constantinopla, ampliando a sus expensas el alquiler de la flota Bizantina durante otro año más. Alejo IV, para su desgracia, no contaba con el extendido sentimiento anti-occidental que existía en Constantinopla.

Los habitantes de Constantinopla estaban muy descontentos con su nuevo emperador, no querían pagar mayores impuestos para los cruzados. Este sentimiento anti-occidental, junto a tumultos provocados por los cruzados, y el saqueo que estos estaban llevando a cabo al ver que no les iban a pagar, desembocó en el asesinato de Alejo IV, a manos de un cortesano que se proclamaría Alejo V.

Los cruzados deliberaron sobre lo que convenía hacer. Decididos a recuperar la ciudad por la fuerza y a colocar en el trono a un emperador latino, no lograban sin embargo ponerse de acuerdo acerca de quién sería el mejor candidato de entre ellos a ocupar el trono imperial. Bonifacio, el jefe de la expedición, no estaba bien visto por los venecianos. Finalmente se decidió que se formaría un comité electoral, compuesto de seis delegados francos y seis venecianos, que elegiría al emperador.

Atacaron por primera vez la ciudad el 6 de abril de 1204, pero fueron rechazados con un gran número de bajas. Seis días después reiniciaron el ataque. Los cruzados consiguieron abrir una brecha en la muralla en el barrio de Blanquerna.

Al mismo tiempo, se produjo un incendio en la ciudad, y la defensa bizantina se desmoronó. Los cruzados y los venecianos entraron en la ciudad. Alejo V huyó a Mosynópolis.

El saqueo de Constantinopla incluyó el de sus iglesias y fue muy destructivo, duró tres días, ya que era una de las ciudades más ricas del mundo. El pillaje y la destrucción alcanzaron niveles insospechados. Gran parte de la riqueza artística y cultural que había hecho de Constantinopla la envidia del mundo, fue dañada. Las bibliotecas fueron quemadas, los monumentos destruidos o robados (como los caballos de mármol que adornaban el hipódromo, los cuales todavía están en la plaza de San Marcos en Venecia), las iglesias fueron despojadas de sus ornamentos....



Entrada de los cruzados en Constantinopla

Tal y como habían acordado antes de tomar Constantinopla el nuevo Emperador fue elegido por delegados venecianos y franceses. El nuevo emperador del nuevo Imperio Latino fue Balduino, que se quedó con la cuarta parte del territorio, mientras que el resto se lo dividirían entre los venecianos y los franceses. Lo curioso es que una Cruzada que originalmente fue convocada para salvar Constantinopla acabase con su destrucción.

En abril del 1205, la cuarta cruzada fue disuelta, dándola por finalizada tras siete años sin haber cumplido su objetivo original que era recuperar la ciudad Santa de Jerusalén.

ÚLTIMAS CRUZADAS

Los sucesos ocurridos en torno a la cuarta Cruzada hicieron que la Iglesia perdiera todo interés en seguir auspiciando el envío de ejércitos al Este para defender los Santos Lugares. Hubieron de pasar casi diez años para que se proclamara una nueva Cruzada.

La **V Cruzada** fue proclamada por Inocencio III en 1213 y partió en 1218 bajo los auspicios de Honorio III. Como la IV Cruzada tenía como objetivo conquistar Egipto, verdadero centro de poder en la zona. Tras el éxito inicial de la conquista de Damietta en la desembocadura del Nilo, que aseguraba la supervivencia de los estados francos, a los cruzados les pudo la ambición e intentaron atacar El Cairo, fracasando y debiendo abandonar incluso lo que habían conquistado.



Gregorio IX

En la **VI Cruzada** intervino el emperador Federico II Hohenstaufen. El emperador había prometido varias veces salir en cruzada (el papa le había ordenado que fuera a las Cruzadas como penitencia). Acosada por el papa Gregorio IX, en 1227 reunió por fin un ejército en Brindis; pero se presentó la peste en el campamento, y murió un gran número de caballeros. Finalmente, Federico II se hizo a la mar, pero entonces cayó él mismo enfermo y se volvió atrás. Gregorio IX, ya de antes gravemente irritado por la conducta del emperador, lo excomulgó. Entonces, con poca gente, Federico se dirigió realmente a Palestina y obtuvo del sultán un tratado que no era del todo desfavorable: los cristianos renunciaban al resto de Siria, pero obtenían Jerusalén, Belén, Nazaret y una faja de tierra

que unía los Santos Lugares con el puerto de Acre. Federico II se coronó rey de Jerusalén en la basílica del Santo Sepulcro. Seguidamente Federico regresó a Apulia. El estado de cosas creado por él no duró mucho tiempo; en 1244 Jerusalén fue definitivamente arrebatado a los cristianos, y a éstos no les quedó más que Jaffa, Acre y, en el Norte, Antioquía.

La **VII Cruzada** surgió de la mano del rey de Francia, Luis IX. El haber perdido Jerusalén le pareció algo aterrador y fue por eso que en 1248 proclamó que reclutaría un gran ejército que reforzaría la lucha contra el infiel, aunque aparte de él, prácticamente nadie estaba interesado en tal lucha. Recordando lo realizado durante la quinta Cruzada, se dirigió hacia Egipto y volvió a capturar Damietta. Pero cuando nuevamente los egipcios propusieron cambiar la fortaleza por Jerusalén, Luis, olvidando el error antes cometido, se negó a aceptar el trato y continuó Nilo arriba. La historia se repitió en cada detalle. El ejército fue emboscado, destruido, y todos sus líderes tomados prisioneros. En Francia, la reina madre tuvo que llenar al pueblo de impuestos para pagar el rescate que los musulmanes cobraban por el rey, quien pudo finalmente regresar a su patria en 1254. Fue un final trágico para la campaña militar.

Vuelto a Francia, el mismo rey emprendió la llamada **VIII Cruzada** (1269). Todos sus allegados lo tomaron por loco y se negaron a colaborar esta vez. Pero el continuó y zarpó hacia Oriente. Hizo una parada en Túnez, donde cayó gravemente enfermo y finalmente murió. Con el murió también el último resto de entusiasmo por el movimiento cruzado.

Tiempos oscuros se iniciaban para quienes defendían los últimos reductos de los caballeros de la cristiandad en Tierra Santa, y la falta de apoyo proveniente de Occidente los sumiría pronto en la desesperación. El mundo islámico atacaba cada vez con mayor fuerza bajo la dirección de un nuevo líder: Baybars, que se lanzó contra los cruzados.

Estos, en su mayoría templarios y hospitalarios, hicieron lo que estuvo en sus manos para evitar la aniquilación total, pero, abandonados como estaban por el

resto de sus correligionarios, era como si lucharan con las manos atadas. Fortaleza tras fortaleza fueron cayendo en manos enemigas, ya fuera por asalto, ya fuera porque se abandonaban al necesitarse los miembros de su guarnición en otro lugar. En 1291, agotados hasta el fin, los soldados que custodiaban la ciudad de Acre, principal centro cristiano en Tierra Santa durante el siglo XIII, montaron en los barcos que había en el puerto y retornaron a Occidente.

CAUSAS DEL FRACASO DE LAS CRUZADAS



El regreso a casa

Los grandes esfuerzos de dos siglos, no habían logrado sus objetivos principales. A veces se censura a los papas por haber lanzado la cristiandad a esta desdichada política de guerra, dando prioridad a esta tarea sobre sus otras ocupaciones. No puede negarse que, de no haber sido por los papas, las cruzadas ni se hubieran emprendido ni se hubiesen continuado durante tanto tiempo. Lo único que se puede reprochar a los papas es no haber tomado en consideración todas las dificultades de esta empresa; pero lo mismo hicieron, todos los demás príncipes cristianos. Los papas atribuían a la gente una capacidad de idealismo que sólo poseían algunos individuos, pero nunca la mayoría. Si todos los cruzados hubieran sido como el primero o el último, Godofredo de Bouillon y san Luis, el resultado podría haber sido muy distinto. En la historia los fracasos hacen siempre muy mala

impresión; pero ello no justifica que se dirijan a los papas reproches morales y se ponga en tela de juicio la limpieza de sus intenciones.

La razón principal del fracaso la encontramos muy posiblemente en las deficiencias del arte militar en la Edad Media. Lo que faltaba a los cruzados no era bravura, sino planeamiento estratégico y, sobre todo, acoplamiento. No son comparables las cruzadas con las campañas de los antiguos romanos en los mismos lugares, las de Lúculo, Sila, Pompeyo... tenían una auténtica estrategia. Los cruzados desconocían totalmente a su enemigo. Los cronistas abultaron las cifras de combatientes y, por consiguiente, también las pérdidas totales, pero el número total real era insuficiente. No puede negarse que, con el tiempo, los jefes aprendieron sus lecciones; los ataques a Constantinopla y a Egipto fueron acertados, desde el punto de vista político. Por otra parte, a medida que los fines cambiaban del campo religioso al político, se iba desvaneciendo el interés de las masas.

A pesar de su fracaso final, las cruzadas tuvieron una enorme importancia en la historia de Europa y la Iglesia. En el aspecto cultural, no hubo un notable intercambio a través de los cruzados pues en Asia Menor, Siria septentrional y Palestina no puede decirse propiamente que los cruzados llegaran a ponerse en contacto con la auténtica cultura islámica. El innegable intercambio cultural que se produjo en el siglo XIII, pasó sobre todo a través de España.

La mayor aportación de las cruzadas fue la creación de la idea de que existe una familia de pueblos occidentales, idea que acabó por imponerse a la antigua concepción del Imperio, ya atrasada. El emperador había sido el protector de la Iglesia; en el nuevo "concepto de la cristiandad" había también un pensamiento expansionista. El movimiento misional surgió de las cruzadas. La Orden teutónica, fundada durante el asedio de Acre, trasladó su actividad del modo más natural y consecuente desde Tierra Santa a la cristianización de las tierras aún paganas del nordeste de Europa. España, que tenía en su casa sus propias cruzadas y sus órdenes militares, pasó con la misma naturalidad de la Reconquista a la Conquista. Otra lección que en aquel tiempo se aprendió, es que la conquista de tierras para el reino de Cristo no puede efectuarse sólo con la espada. San Francisco ya en 1219 envió sus primeros misioneros a Marruecos. El español santo Domingo fundó su orden de maestros y predicadores en la atmósfera de la cruzada contra los albigenses. A otro gran santo, Ignacio de Loyola, que hizo de la idea misional un movimiento que arrastró a la Iglesia entera, sólo se le puede entender sabiendo hasta qué punto estaba vivo en él el viejo ideal de los cruzados.

LA PETICIÓN DE PERDÓN DE SAN JUAN PABLO II

Hemos visto a lo largo del estudio de las Cruzadas algunos aspectos que no han dejado de sorprendernos. Hacemos hincapié en que es muy difícil juzgar una época histórica con la mentalidad de otra época, aun así, nos parece extraño, incluso poco edificante, que papas y reyes cristianos se hayan lanzado a una guerra por recuperar Jerusalén y los lugares donde habitó Jesucristo.

No dudamos de la buena intención de las personas de aquella época, es más, en ocasiones se vieron obligados a actuar de esa forma ya que en caso contrario los musulmanes se extenderían por Europa despojando a las naciones cristianas de su cultura y su fe. Sin embargo, se advierte con claridad la falta de rectitud de algunas personas que se llamaban cruzados y por ello cristianos.

Todo esto nos ha hecho darnos cuenta, una vez más, de que la Iglesia tiene un carácter sobrenatural. Si esto no fuese así, la Iglesia se habría autodestruido en miles de ocasiones, siendo esta una de ellas. Precisamente, nos parece, que una prueba de que la Iglesia es de Cristo, es precisamente que aún perdura en la historia. Son los pecados de los hijos de la Iglesia los que la ensucian con asuntos más humanos que divinos. Consciente de todo esto el Papa Juan Pablo II, al igual que sus antecesores, pidió perdón por los pecados cometidos por los hijos de la Iglesia.

Con motivo del Jubileo del año 2.000, el papa San Juan Pablo II propuso la reacción de un documento titulado: "Memoria y reconciliación la Iglesia y las

culpas del pasado” en donde la Iglesia pidiera perdón por los pecados de sus hijos cometidos a lo largo de la historia.



San Juan Pablo II en la ceremonia de perdón en la Basílica de San Pedro el 12 de marzo de 2000

Al mismo tiempo pedía una purificación de la memoria que requiere «un acto de coraje y de humildad en el reconocimiento de las deficiencias realizadas por cuantos han llevado y llevan el nombre de cristianos». Juan Pablo II añadía: «Como sucesor de Pedro pido que en este año de misericordia la Iglesia, fuerte por la santidad que recibe de su Señor, se ponga de rodillas ante Dios e implore el perdón por los pecados pasados y presentes de sus hijos». Al reafirmar después que «los cristianos están invitados a asumir, ante Dios y ante los hombres ofendidos por sus comportamientos, las deficiencias por ellos cometidas», el Papa concluye: «Lo hacemos sin pedir nada a cambio, fuertes sólo por el amor de Dios, que ha sido derramado en nuestros corazones (Rom 5,5)».

Esta audaz iniciativa estaba en sintonía con bosquejos de Juan XXIII, San Pablo VI y del concilio Vaticano II. Aunque San Juan Pablo II la desarrolló completamente.

El momento adecuado para esta “petición de perdón” ha sido el Jubileo: "Es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de modos de pensar y actuar que eran verdaderas formas de antitestimonio y de escándalo".

Para ver el documento íntegro [“Memoria y reconciliación la Iglesia y las culpas del pasado”](#).

Bibliografía

- * Madden, Thomas F; Historia de la Cruzadas.
- * Hertling, Ludwig; Historia de la Iglesia.
- * Orlandis, José; Historia de la Iglesia (I)
- * Ehrhard, Albert - Neuss, Wilhelm; Historia de la Iglesia (III).
- * Gran Enciclopedia Rialp.

* Memoria y reconciliación. La Iglesia y las culpas del pasado; Comisión Teológica Internacional.

* Catecismo de la Iglesia Católica.

Palabras de Urbano II según Fulquerio de Chartres

"Mis más queridos hermanos: urgido por la necesidad, yo, Urbano, con el permiso de Dios obispo en jefe y prelado de todo el mundo, he venido hasta estos parajes en calidad de embajador, portando una admonición divina a vosotros, servidores de Dios. He guardado la esperanza de encontraros tan fieles y celosos en el servicio del Señor como es de esperarse. Pero si hay alguna deformidad o flaqueza contraria a la ley divina, invocando Su ayuda haré lo más que pueda para erradicarla. Porque el Señor os ha puesto como servidores ante su familia. Felices seréis si os encuentra fieles a vuestro ministerio. Sois llamados pastores, esmeraos por no actuar como siervos. Pero sed buenos pastores, llevad siempre vuestros báculos en las manos. No durmáis, sino que guardéis todo el tiempo al rebaño que se os ha asignado. Porque si por vuestra negligencia viene un lobo y os arrebatara una sola oveja, ya no seréis dignos de la recompensa que Dios ha reservado para vosotros. Y después de haber sido flagelados despiadadamente por vuestras faltas, seréis abrumados con las penas del infierno, residencia de muerte. Ya que vosotros habéis sido llamados en el Evangelio la sal de la tierra (Mateo 5:13), ¿pero si faltáis a vuestros deberes, cómo, se preguntarán todos, se podrá salar la tierra? Oh, que tan grande es la necesidad de sal!!! En todo caso, es necesario que vosotros corrijáis con la sal de la sabiduría a todos aquellos necios que están entregados a los placeres de este mundo, no sea que el Señor, cuando quiera dirigirse a ellos, los encuentre putrefactos en medio de sus pecados apestosos y sin curar. Pues si El encuentra dentro de ellos gusanos, es decir, pecados, porque vuestra negligencia os impidió asistirlos, El los declarará como inservibles, merecedores únicamente de ser arrojados al abismo donde se dejan las cosas sucias. Y ya que vosotros no pudisteis evitarle al Señor estas graves pérdidas, seguramente El os condenará y os apartará de Su dulce presencia. Pero aquél que administre la sal debe ser prudente, providente, modesto, instruido, pacífico, observador, pío, justo, equitativo, y puro. ¿Porque cómo puede el ignorante enseñar a otros? ¿Cómo puede el licencioso hacer modestos a otros? ¿Cómo puede el impuro hacer puros a otros? ¿Cómo puede alguien que odia la paz calmar los ánimos de otros? ¿Y cómo alguien que ha manchado sus manos con vileza limpiar las impurezas de otros? Y bien dicen las Escrituras que si los ciegos guían a otros ciegos, todos irán a dar a la zanja (Mateo 15:14). Primero corregíos vosotros para que, libres de toda culpa, puedan limpiar a aquellos que viven bajo vuestra jurisdicción. Si queréis ser amigos de Dios, haced de buena gana lo que a El le place. En particular, debéis dejar que todos los asuntos de la Iglesia se rijan por la Ley de la Iglesia. Y tened cuidado en que la simonía no eche raíces entre vosotros, no sea que tanto aquellos que compran como aquellos que venden (investiduras) sean golpeados con los azotes del Señor entre calles estrechas y luego llevados al lugar de la destrucción y la confusión. Mantened a la Iglesia y al clero, en todos sus grados, completamente libres de la influencia del poder secular. Verificad que la parte de la producción de la tierra que le corresponde a

Dios sea pagada por todos; que ésta no sea vendida o retenida. Si alguien captura y retiene a un obispo, permitid que se le trate como a un bandido. Si alguien secuestra o roba a monjes, clérigos, monjas, sus sirvientes, peregrinos, o mercaderes, permitid que se le considere anatema (excomulgado). Dejad que los ladrones y los incendiarios sean excomulgados junto con todos sus cómplices. ¿Si un hombre que no es capaz de dar nunca parte de sus bienes en donación es castigado con las penas del infierno, como no va a ser castigado aquel que quita los bienes de otro? Por eso fue castigado el hombre rico del que habla el Evangelio (Lucas 16:19), no por quitarle los bienes a otro, sino por no haber empleado correctamente los propios.

Vosotros habéis visto el gran desorden que estos crímenes han producido en el mundo. Es tan grave en algunas de vuestras provincias, he oído, y tan débil vuestra administración de justicia, que difícilmente puede uno viajar de día o de noche sin ser atacado por ladrones, y, ya sea que se esté en casa o lejos de ella, siempre se está en peligro de ser despojado bien por la fuerza bien por el fraude. Por tanto, es necesario volver a poner en práctica la tregua, como se le conoce comúnmente, la cual fue instaurada hace ya varios años por nuestros santos padres. Os exhorto y os demando que cada cual se esfuerce para que se cumpla la tregua en su respectiva diócesis. Y si alguno fuese llevado por su arrogancia a romper dicha tregua, por la autoridad de Dios y con el beneplácito de esta asamblea debe ser declarado anatema".

Después de que éste y otros asuntos fueron atendidos, todos los allí presentes, clérigos y laicos, dieron gracias a Dios y estuvieron de acuerdo con las propuestas del señor papa. Todos prometieron fielmente cumplir con los decretos. Entonces el señor papa habló sobre como en otro lugar del mundo la Cristiandad estaba sufriendo a causa de una serie de circunstancias aún mas graves que las ya mencionadas. El continuó diciendo:

"Aunque, oh hijos de Dios, vosotros habéis prometido más firmemente que nunca mantener la paz entre ustedes y mantener los derechos de la Iglesia, aún queda una importante labor que debéis realizar. Urgidos por la corrección divina, debéis aplicar la fuerza de vuestra rectitud a un asunto que os concierne al igual que a Dios. Puesto que vuestros hermanos que viven en el Oriente requieren urgentemente de vuestra ayuda, y vosotros debéis esmeraros para otorgarles la asistencia que les ha venido siendo prometida hace tanto. Ya que, como habréis oído, los turcos y los árabes los han atacado y han conquistado vastos territorios de la tierra de Romania (el imperio bizantino), tan al oeste como la costa del Mediterráneo y el Helesponto, el cual es llamado el Brazo de San Jorge. Han ido ocupando cada vez más y más los territorios cristianos, y los han vencido en siete batallas. Han matado y capturado a muchos, y han destruido las iglesias y han devastado el imperio. Si vosotros, impuramente, permitís que esto continúe sucediendo, los fieles de Dios seguirán siendo atacados cada vez con más dureza. En vista de esto, yo, o más bien, el Señor os designa como heraldos de Cristo para anunciar esto en todas partes y para convencer a gentes de todo rango, infantes y caballeros, ricos y pobres, para asistir prontamente a aquellos cristianos y destruir a esa raza vil que ocupa las tierra de nuestros hermanos. Digo esto para los que están presentes, pero también se aplica a aquéllos ausentes. Más aún, Cristo mismo lo ordena.

Todos aquellos que mueran por el camino, ya sea por mar o por tierra, o en batalla contra los paganos, serán absueltos de todos sus pecados. Eso se los garantizo por medio del poder con el que Dios me ha investido. Oh terrible desgracia si una raza tan cruel y baja, que adora demonios, conquistara a un pueblo que posee la fe del Dios omnipotente y ha sido glorificada con el nombre de Cristo! Con cuántos reproches nos abrumaría el Señor si no ayudamos a quienes, con nosotros, profesan la fe en Cristo! Hagamos que aquellos que han promovido la guerra entre fieles marchen ahora a combatir contra los infieles y concluyan y concluyan en victoria una guerra que debió haberse iniciado hace mucho tiempo. Que aquellos que por mucho tiempo han sido forajidos ahora sean caballeros. Que aquellos que han estado peleando con sus hermanos y parientes ahora luchen de manera apropiada contra los bárbaros. Que aquellos que han servido como mercenarios por una pequeña paga ganen ahora la recompensa eterna. Que aquellos que hoy en día se malogran en cuerpo tanto como en alma se dispongan a luchar por un honor doble. Mirad! En este lado estarán los que se lamentan y los pobres, y en este otro, los ricos; en este lado, los enemigos del Señor, y en este otro, sus amigos. Que aquellos que decidan ir no pospongan su viaje, sino que renten sus tierras y reúnan dinero para los gastos; y que, una vez concluido el invierno y llegada la primavera, se pongan en marcha con Dios como su guía"